Plenitud de la ausencia

(paisaje de pandemia)

Seudónimo: fiero galeón en mar

¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde?
Francisco de Quevedo

La certeza del abismo disloca la tenue paz de los espíritus.
Ya no hay urgencia ni intensidad en los deseos.
El árbol de la angustia extiende sus ramas y nos deja sin orillas,
sin apenas horizonte, sin pájaros que anuncien la asechanza
de la lluvia.

Este es el tiempo de la desposesión y de las despedidas.
Todo lo envuelve la membrana de un aire enrarecido.
Hay avidez de relincho, avidez de auparse en la espalda
del tiempo y domarlo como un caballo dócil,
y hacerlo desandar este camino tortuoso donde zumban
las moscas de la muerte.

Los ojos ya no tienen la luz pulposa del asombro.
En la extensión de la mirada, el humo se expande
como una música triste. La carne es gris y permanece
al margen del mar que se subleva.
¿Dónde orilla el aliento del ángel de los sueños?
¿Dónde destella la lámpara de su penitencia?
¿Dónde translucen sus colmados prodigios?
¿Dónde purifica el agua que limpia la combustión
de los ojos desvelados?

Esta ceguera que enajena los pechos
es el rastro del ángel exangüe que devoró los granos de la fe.
¿Cuándo entró ese fantasma disipado a compartir nuestra mesa
y a robarnos nuestra hambre?

¿Cuándo se convirtió en el espejo donde nos reconocemos
como sombras vulnerables?
¿Desde cuándo, entre lágrimas, eructos y mocos,
solo celebramos embriagados la derrota en estado puro?

Prolijamente, sin vértigo, sin rubor,
la muerte está levantando este museo de la desolación.
Su aliento de azufre atraviesa toda sustancia
y el perfil agraviado de las cosas.
Una espuma ácida rezuma en todas las bocas.
El ruido de la muerte ha mudado los semblantes:
donde había promesa y alegría y el color del amor
ahora hay lágrima, delirio y olvido.
Los cuerpos se han cerrado como si afuera
florecieran enemigos. Solo crece el insaciable musgo
del miedo. El miedo ardiendo, incendiando la dulzura.

Frías manos imploran que el aire no se acabe, que la rana
en el pecho no deje de croar su sístole y su diástole,
que no se rompa el hilito del alma, que el horizonte sedoso
sea solo una pausa en la sangre tumultuosa.
La voz del miedo opaca al pájaro que canta en las mañanas.
Sus uñas penetran en la piel aterida.
Su turbio tatuaje es un ojo y una luna viva.

En las noches más altas, el silencio galopa a los bosques
procelosos de la conciencia, que se ensimisma aturdida,
lunar, inaccesible como la luz errante.
¿Cómo sacarnos de la boca el miedo acumulado
y llenar las encías de palabras, meter entre las muelas el lenguaje,
abrir las ventanas al grito amortiguado y gutural?
¿Cómo convertir la música oscura en un sagrado balbuceo?

Antes, al otro lado de la oreja o del ojo, estaba el lenguaje,
un lapso definido, y la banalidad del tiempo medido
en todos sus costados.
Ahora, un sordo tartamudeo se muerde la lengua
y se ahoga en su aliento herrumbrado.
Las palabras, como los líquidos, se expanden en desorden.
Solo hay preguntas que vienen con su cola de veneno
o sus alas de mutismo.

En la boca, se atraganta el vuelo de una música incipiente,
el vuelo verbal que no se resigna a una hosca disidencia.
La razón no se repliega a un conformismo prolongado,
pero la lengua, la feroz pureza de la lengua
no puede agitar el polvo denso de las transformaciones.
En la frente está inscrita la ley blanca que precede al vuelo
de las crisálidas, pero los labios no socavan la diversa intimidad
de la nada. ¿Cuándo extraeremos del pecho una palabra
viscosa y sangrienta que exhiba el húmedo rayo de una vida?

¿Cuándo regresará el tiempo en que anudemos la lengua
al cuerpo y a la tierra? ¿O a una fuente de luz, a una migaja,
a una gota de lluvia si queremos una consistencia más liviana?
Hemos mordido la sal de la belleza,
pero no hemos sentido ninguna verdad que la preceda.
Nudo o ala o árbol, busquemos un lenguaje que tenga
la misma calidad que la muerte.

La herida supura más brillante frente a la luz insatisfecha.
Por ahora, guardemos una estrella robusta en las axilas
para las noches en vela,
una estrella verdeante que no se asuste con la fiebre ni la tos
ni con cualquier otro signo,
una estrella que merodee el hemisferio y el nido.